

VI

«Querido niño: Te escribo temblando aún por el gran disgusto que hemos tenido; las gemelas desaparecieron, estuvieron perdidas, ausentes de Castelet un día, una noche y la mañana del día siguiente...

»El domingo, á la hora de almorzar fué cuando nos apercibimos de que no estaban las niñas. Yo las había vestido para ir á misa de las ocho, á las que debió llevarlas el cónsul, luego ya no me ocupé de ellas por estar cuidando á tu madre, que estaba más nerviosa que otras veces, como presintiendo la desgracia que rondaba alrededor nuestro. Ya sabes que siempre le ha pasado eso en su enfermedad; presiente lo que va á pasar, y cuanto menos se mueve, trabaja más su cabeza.

»Tu madre estaba en su cuarto afortunada-

mente, y figúrate á todos nosotros en la sala esperando á las niñas; las llamamos por el soto, el pastor sopló en su caracol como cuando recoge las ovejas, luego Cesáreo por un lado y yo por otro, Rouseline, Tardive, todos nos echamos á correr por Castelet, y cuando nos encontrábamos: «¿Qué hay? No he visto nada.» Por fin, no nos atrevimos á preguntar; y con el corazón palpitante íbamos al pozo, debajo de las ventanas altas del granero... ¡Qué día!... Y á cada instante érame preciso subir á ver tu madre, sonreír con aire tranquilo, explicar la ausencia de las niñas diciendo que yo las había enviado á que pasaran el domingo en casa de su tía de Villamuris. Parecía creerlo, pero ya muy tarde por la noche, mientras que yo la velaba, acechando por detrás de las vidrieras las luces que corrían por el llano y sobre el Ródano en busca de las niñas; la ví que lloraba dulcemente en su cama, y habiéndola interrogado. «Lloro por una cosa que me ocultan, y que sin embargo he adivinado...» me contestó con esa voz de niña que se le ha quedado á fuerza de sufrir; y sin hablarnos más nos inquietábamos las dos á solas con nuestra pena...

»Por fin, hijo, mío, por no prolongar este triste relato, el lunes por la mañana nos trajeron á las niñas los braceros que su tío ocupa en la isla, las cuales las habían encontrado sobre un montón de sarmiento pálidas de frío y hambre, después de aquella noche á la intemperie, en medio del agua. He aquí lo que nos contaron con la inocencia de sus corazoncitos: Hace tiempo que las atormentaba la idea de hacer lo que hicieron sus patronas Marta y María, cuya historia habían leído; irse en un barco sin velas, ni remos, ni provisiones de ninguna especie, á predicar el Evangelio en la primera orilla á que las llevase el aliento de Dios. Así, pues, el domingo después de la misa, desatando una barca de pesca y arrodillándose dentro de ella como las santas mujeres, mientras que se las llevaba la corriente, fueron dulcemente á encallar en el cañaveral de la Piboulette, á pesar de la gran corriente propia de la estación, las rachas de viento y los *remolinos*... Sí, el buen Dios las guardaba y Él es quien las ha devuelto ¡pobrecillas! habiéndose sólo arrugado un poco sus trajes del domingo y echado á perder los dorados de sus libros de misa. No hemos tenido valor para reñirlas, y las

hemos dado muchos besos y abrazos abiertos pero todos estamos malos del miedo que hemos pasado.

«La que más ha sufrido es tu madre, que, sin que la hayamos contado nada, ha sentido, como ella dice, pasar la muerte por Castelet, y persiste, ella tan tranquila, tan alegre por lo general, en una tristeza que no cura nada, á pesar de que tu padre, yo, todo el mundo, la rodeamos de ternura...—¡Y si yo te dijera, Juan, que sobre todo por quien se inquieta es por tí! No se atreve á confesarlo delante de tu padre, que quiere te dejen tranquilo en tus trabajos; pero no has venido después de tu examen, como lo habías prometido. Danos esta sorpresa para Navidad, para que nuestra enferma recobre su buena sonrisa. Si tú supieses cómo se siente, cuando ya no le viven á uno estos viejos, no haberles consagrado más tiempo...»

De pie, junto á la ventana, por la que se filtraba un perezoso día de invierno entre la niebla, leía Juan esta carta, saboreando su perfume selvático, los queridos recuerdos de cariño y de sol.

—¿Qué es eso?... Déjame ver...

Fanny acababa de despertarse á la amarillenta claridad de la cortina levantada, é hinchada de sueño, extendía maquinalmente la mano hacia el paquete de tabaco de hebra que estaba siempre sobre su mesa de noche. El, conociendo los celos que exasperaban á su querida al solo nombre de Divonne, vaciló; pero ¿cómo ocultar la carta, cuya procedencia conocía por la forma?

Primero, la escapatoria de las niñas la conmovió mucho, mientras que con los brazos y el pecho al aire, incorporada sobre la almohada en la onda de sus cabellos castaños, leía, arrollando al par un cigarrillo; pero el final la irritó hasta el furor, y estrujando y tirando la carta por el cuarto: «¡Ya te daría yo mujeres virtuosas!... ¡Todo eso son invenciones para que vayas! Le hace falta su bello sobrino *á esa...*»

Quiso contener, detener la palabrota que salió, y otras muchas más, en sarta. Nunca se había acalorado tan groseramente delante de él, con aquel desbordamiento de cólera fangosa, de letrina reventada que suelta su limo y su fetidez. Todo el calor de su pasado de mujerzuela y granuja hinchaba su cuello y daba suelta á su labio.

No era malicia suponer lo que querían todos allá abajo... Cesáreo había hablado, y se combinaba en familia el medio de romper sus relaciones con ella, de atraerlo á la tierra con la hermosa armazón de la Divonne por cebo.

—Por lo pronto, si te vas, sabes, se lo escribo todo á tu cornudo... ¡Te lo advierto!... ¡Pues no que no!... Hablando de este modo, se recogía rencorosamente en la cama, lívida, con la cara demudada, las facciones agrandadas como una fiera pronta á saltar.

Y Gaussín recordaba haberla visto así en la calle de la Arcada; pero hoy era contra él aquel odio rugiente que le daba tentaciones de saltar contra su querida y pegarla; porque en estos amores de la carne, en que la estimación y el respeto del ser querido son nulos, la brutalidad surge siempre en la cólera ó las caricias. Tuvo miedo de sí mismo, huyó á su oficina; y por el camino se indignaba de aquella vida que él mismo se había creado. ¡Esto le enseñaría á entregarse en brazos de una mujer semejante!... ¡Cuántas infamias, cuántos horrores!... Sus hermanas, su madre, había tela para todo el mundo... ¡Pues qué! ¡No tenía ni siquiera derecho de ir á ver á

su familia? ¡En qué presidio estaba metido! Y toda la historia de sus amores se le aparecía; veía de qué modo los hermosos brazos desnudos de la egipcia, enlazados á su cuello la noche del baile, habíanse colgado á él despóticos y fuertes, aislándole de sus amigos, de su familia. Ahora estaba formada su resolución. Aquella misma noche, costara lo que costase, partiría para Castelet.

Despachados algunos asuntos, conseguida su licencia en el Ministerio, regresó á su casa temprano, contando con una escena terrible, dispuesto á todo, hasta á la ruptura. Pero el saludo dulcísimo con que Fanny le acogió en seguida, sus ojos enrojecidos, sus mejillas, como reblandecidas por las lágrimas, dejáronle apenas fuerza para la voluntad.

—Me voy esta noche...—dijo irguiéndose.

—Tienes razón, dueño mío... Anda á ver á tu madre, y sobre todo...—Se acercaba mimosamente...—Olvida lo mala que he sido; te quiero demasiado: esa es mi locura...

El resto del día, haciendo la maleta con solícita coquetería; vuelta á las dulzuras de los primeros tiempos, conservó aquella actitud arre-

pentida, acaso con la esperanza de retenerle. Sin embargo, ni una sola vez le dijo: «Quédate...» Y cuando en el postrer minuto, perdida toda esperanza ante los últimos preparativos, se estrechaba, se frotaba contra su amante, tratando de impregnarle de ella, para toda la duración del camino y de la ausencia, su adiós, su beso no murmuraron más que esto: «Dime, Juan, ¿no me guardas rencor?...»

—¡Oh! La embriaguez que se experimenta por la mañana, al despertarse en el cuartito de niño, con el corazón palpitante aún por los abrazos de familia, las hermosas efusiones de la llegada; la embriaguez que se siente al encontrar en el mismo sitio, sobre el mosquitero de la estrecha cama, la misma barra luminosa que buscaban nuestros despertares pasados, al oír el grito de los pavos reales en los percheros, el chirrido de la polea del pozo, la atropellada salida del rebaño, y al abrir las maderas de su ventana golpeándolas contra la pared, volver á ver aquella hermosa luz caliente que entraba por capas, como el agua en las presas, y aquel maravilloso horizonte de viñas en vertiente, de cipreses, de olivo y de reverberantes bosques de

pinos, perdiéndose hasta llegar al Ródano, bajo un cielo profundo y puro, sin un girón de niebla, á pesar de la hora matinal; un cielo verdoso, barrido toda la noche por el maestral, que llenaba aún el inmenso valle con su hálito alegre y fuerte.

Juan comparaba este despertar con los de allá, bajo el cielo manchado como su amor, y sentíase dichoso y libre. Bajó. La casa blanca por el sol, dormía todavía, con todas sus ventanas cerradas como ojos: fué feliz con aquel momento de soledad para rehacerse, en aquella convalecencia moral que sentía iniciarse en su interior.

Dió algunos pasos por la terraza, tomó por una alameda ascendente del parque, de lo que se llamaba el parque, un bosque de pinos y mirtos plantados al azar en la ruda cuesta de Castelet, cortada por senderos desiguales, resbaladizos, con sus pizarrosos peñascos. Su perro, *Miracle*, muy viejo y cojeando, había salido de la perrera, y le seguía silenciosamente, andando detrás de sus talones: ¡cuántas veces habían hecho juntos aquel paseo por la mañana!

A la entrada de las viñas, cercadas con gran-

des cipreses, cuyos follajes agudos se inclinaban, el perro dudó; sabía que el terreno formado por una espesa capa de arena—un nuevo remedio que estaba ensayando el cónsul contra la filoxera—era muy penoso para sus viejas patas así como los tramos de sostén de la terraza. La alegría de seguir á su amo decidióle, sin embargo, y á cada obstáculo hacía dolorosos esfuerzos, lanzaba aullidos medrosos, parábase, y tenía torpezas de cangrejo puesto sobre un peñasco. Juan no le miraba, muy ocupado con aquel nuevo majuelo de que su padre le había hablado la víspera. Las cepas parecían de buen medro sobre la arena compacta y luciente. Por fin, el pobre hombre iba á verse recompensado de sus penas obstinadas. ¡El cercado de Castelet podría revivir, cuando la Nerta, el Ermitage, todos los grandes vinos del Mediodía estaban muertos!

De repente, surgió ante él una cofia blanca, pequeña. Era Divonne, la que se levantaba primero en la casa: llevaba en la mano una podadera, y también otra cosa, que tiró, y sus mejillas, pálidas por lo común, encendíanse con un vivo rubor: «¿Eres tú, Juan? Me has asustado...

«Creí que era tu padre...» Luego, reponiéndose, le abrazó. «¿Has dormido bien?»

—Muy bien, tía; pero ¿por qué temía usted la llegada de mi padre?...

—¿Por qué?...

Recogió el tronco de cepa que acababa de arrancar:

—El cónsul te ha dicho que ahora estaba seguro de triunfar... ¿no es eso? ¡Pues bien, toma, mira el bicho!...

Juan miraba un musgo amarillento incrustado en la madera, el imperceptible moho que por contagio ha arruinado provincias enteras, y era una ironía de la naturaleza en aquella espléndida mañana, bajo el vivificante sol, aquel infinitamente pequeño, destructor é indestructible.

—Es el principio... dentro de tres meses todo el cercado estará devorado, tu padre volverá á empezar otra vez, porque en ello está empeñado su amor propio. Habrá nuevos majuelos, nuevos remedios, hasta el día...

Un ademán desolado acabó y acentuó esta frase.

—¿De veras? ¿Hemos llegado á ese extremo?

—¡Oh! Ya conoces al cónsul... Nunca dice

nada, me da el dinero del mes, como siempre; pero le veo preocupado. Va á Aviñón, á Orange... Busca dinero...

—¿Y Cesáreo, sus inmersiones?—preguntó el joven consternado.

Gracias á Dios todo iba bien por este lado. Habían cosechado ciencuenta pipas de vino en la última vendimia, y este año tendrían doble. Ante este éxito, el cónsul había cedido á su hermano todas las viñas del llano, hasta entonces en barbecho en hileras de sarmientos como un cementerio del campo, y ahora estaban bajo el agua hacía tres meses...

Y envanecida por la obra de su marido, de su Fénat, la provenzala mostraba á Juan, desde el sitio elevado en que se encontraban grandes estanques, *claros* contenidos por rodetes de cal como en las salinas.

—Dentro de un par de años este viñedo producirá; y también dentro de un par de años la Piboulette y hasta la isla de Lamotte, que ha comprado tu tío sin decirlo... Entonces seremos ricos...; pero hay que sostenerse hasta entonces, y cada cual tiene que poner de su parte y sacrificarse.

Hablaba alegremente del sacrificio como mujer á la que no asusta tal cosa, y con tan fácil arrebató, que Juan, acometido de una súbita idea, contestóle en el mismo tono: «Nos sacrificaremos, Divonne...»

En el mismo día escribió á Fanny que sus padres no podían seguir enviándole su pensión, que se vería reducido á su sueldo, y que, en estas condiciones, la vida en compañía era imposible. Era romper antes de lo que había pensado, tres ó cuatro años antes de la prevista partida; pero contaba con que su querida aceptaría estas graves razones, que tendría compasión de él y de su pena, y le ayudaría en el cumplimiento doloroso de un deber.

¿Era esto en realidad un sacrificio? ¿O no se sintió aliviado, por el contrario, al terminar una existencia que le parecía odiosa y malsana, sobre todo desde que se había reintegrado á la naturaleza, á la familia, á las afecciones sencillas y rectas?... Escrita su carta sin lucha ni sufrimientos, contaba para defenderse contra una respuesta que parecía furiosa, llena de amenazas y extravagancias, con la ternura honrada y fiel de los buenos corazones que le rodeaban, el

ejemplo de aquel padre recto y altivo entre todos, la sonrisa cándida de las santitas, y también con aquellos grandes horizontes tranquilos, de sanas emanaciones de la montaña, aquel alto cielo, aquel río rápido y atractivo, porque pensando en su pasión, en todas las villanías de que estaba formada, pareciale salir de una fiebre maligna de esas que se cogen en el fango de los terrenos pantanosos.

Cinco ó seis días pasáronse en el silencio del gran golpe que acababa de dar. Por mañana y tarde, Juan iba al correo y volvía con las manos vacías, singularmente conmovido. ¿Qué hacía? ¿Qué había decidido? Y en todo caso, ¿por qué no contestaba? No pensaba más que en esto. Y por la noche, cuando dormía todo el mundo en Castelet, con el ruido adormecedor del viento, por los largos corredores, hablaban de esto, Cesáreo y él, en el cuartito.

«Vendrá de un momento á otro», decía el tío; y su inquietud se aumentaba porque debía haber metido en el mismo sobre de la carta de ruptura, dos pagarés á seis meses y un año, arreglando su deuda con los intereses. ¿Cómo pagaría aquella deuda? ¿Cómo explicar á Divonne?...

Temblaba sólo de pensar en ello, y aumentaba las pesadumbres de su sobrino cuando, afilando la nariz y sacudiendo su pipa, terminada la velada, le decía tristemente: «Vaya, buenas noches...; de todos modos, lo que has hecho bien hecho está.»

Por fin llegó esta respuesta y desde las primeras líneas: «Querido mío: No te he escrito antes, porque quería probarte, mejor que con palabras, hasta qué punto te comprendo y te amo...» Juan se detuvo sorprendido como el que oye una sinfonía en lugar del toque de guerra, temido. Volvió pronto á la última carilla, donde leyó: «...permanecer hasta la muerte tu perra que te quiere, á la que puedes pegar, y que te acaricia apasionadamente...»

Así, pues, no había recibido su carta. ¡Pero volviendo á leerla renglón por renglón y con las lágrimas en los ojos, era ésta en realidad una respuesta, en la que se decía muy claramente que Fanny esperaba desde hace mucho tiempo esta mala noticia, la ruina de Castelet, que traería consigo una inevitable separación. En seguida habíase dedicado á buscar una ocupación para no seguir siéndole gravosa, y había encon-

trado la gerencia de un hotel amueblado, en la Avenida del Bosque de Bolonia, puesto por una señora muy rica. Cien francos al mes, casa, comida y libertad los domingos...

«¿Lo entiendes, dueño mío? Tendremos todo un día á la semana para querernos: porque todavía me querrás, dímelo. Me recompensarás por el gran esfuerzo que hago para trabajar por primera vez en mi vida, por esta esclavitud de día y noche que acepto, con humillaciones que tú no puedes figurarte, y qué serán muy pesadas para mi locura de independencia... Pero experimento un gozo extraordinario en sufrir por tu amor. ¡Te debo tanto! ¡Me has hecho comprender tantas cosas buenas y honradas, de que nadie me habló nunca!... ¡Ah, si nos hubiéramos encontrado antes!... Pero todavía no andabas tú, y ya rodaba yo en los brazos de los hombres. Ni uno solo podrá vanagloriarse jamás de haberme inspirado una resolución semejante para conservarlo en mi poder algo más... Ahora vuelve cuando quieras; el cuarto está libre. He recogido todos mis cachivaches; eso era lo más duro, reconocer cajones y recuerdos. No encontrarás más que mi retrato, que nada te costará sino las

miradas, que mendigo en favor suyo. ¡Ah, dueño mío, dueño mío...! En fin, si me reservas el domingo y mi sitito en tu cuello... Mi sitio, ya sabes...» Y ternuras, mimos, voluptuosos lame-tones de gata madre, y palabras de pasión que hicieron al amante rozar su rostro con el papel satinado, como si la caricia se desprendiera de él humana y tibia.

—¿No habla de mis pagarés?—preguntó tímidamente el tío Cesáreo.

—Se los devuelve á usted... Ya los reembolsará usted cuando sea rico...

El tío lanzó un suspiro consolador, frunciendo las sienes de contento, y con gravedad perogullera y fuerte acento meridional, le dijo:

—¡Miral! ¿Quieres que te diga la verdad?... Esa mujer es una santa.

Luego, pasando á otro orden de ideas, por aquella movilidad, aquella falta de lógica y de memoria, una de las originalidades de su carácter: «¡Y qué pasión, chiquillo, qué fuego! Me deja la boca seca como cuando Courbebaisse me leía la correspondencia de la Mornas...»

Y otra vez tuvo Juan que sufrir el relato del primer viaje á París, el hotel Cuyas, la Película;

pero no le escuchaba, apoyado en la ventana abierta ante la noche, cuya oscuridad se espesaba, bañándose en los rayos de una luna llena, tan brillante, que los gallos se engañaban y la saludaban como al amanecer.

Así, pues, era verdad esa redención de que hablan los poetas; y experimentaba cierto envanecimiento pensando en que todos aquellos grandes hombres, aquellos ilustres á quienes Fanny había amado antes que á él, en vez de regenerarla, la degradaban más, mientras que él, por la única fuerza de su honradez, la sacaba del vicio, tal vez para siempre.

Agradecía que hubiese hallado aquel término medio, aquella semi-ruptura en que ella adquiriría los nuevos hábitos de trabajo, tan difíciles para su naturaleza indolente; y con estilo paternal, de señor de edad, la contestó al día siguiente para alentar su reforma, preocupándose acerca de la clase de hotel que regentaba, y de la gente que iba allí; porque desconfiaba de su indulgencia y de la facilidad con que se resignaba, diciendo: «Qué es lo que tú quieres? ¿Es esto...?»

Correo tras correo, con docilidad de niña,

Fanny íbale describiendo el hotel, verdadera casa para familia, en la que se hospedaban extranjeros. En el principal, unos peruanos, padre y madre, niños y numerosos criados; en el segundo, rusos y un rico holandés comerciante en coral; en los cuartos del tercer piso vivían los jinetes del Hipódromo, *chic* inglés, muy entonados, y una familia muy interesante: Mlle. Minna Vogel, familia citarista de Stuttgart, con su hermano Léo, un pobre tísico que se había visto obligado á interrumpir sus estudios de clarinete en el Conservatorio de París, y á quien la hermana mayor había venido á cuidar, sin más recursos que el producto de algunos conciertos para pagar la casa y la comida.

«Como ves, querido mío, es este hotel cuanto puede imaginarse de más conmovedor y honrado. Yo misma paso por viuda, y me guardan toda clase de consideraciones. Y no aguantaría yo que fuese de otra suerte: es preciso que respeten á tu mujer. Cuando digo «tu mujer», entiéndeme bien, ya sé yo que llegará un día en que tú te irás, que te perderé, pero nadie te reemplazará; seré tuya para siempre, conservando el sabor de tus caricias y los buenos instin-

tos que has despertado en mí... ¿No es verdad que tiene gracia? ¡Safo virtuosa!... Sí, virtuosa, cuando tú no estés á mi lado; pero para tí me conservo tal como tú me has amado, delirante y apasionada... Te adoro.

Súbitamente, vióse Juan acometido de grande y penosa tristeza. Estas vueltas del hijo prodigo, después de las alegrías de la llegada, la orgía de la ternera muerta en su obsequio y las efusiones tiernas, sufren siempre con estas visiones de la vida nómada, y se echan de menos los frutos amargos y el perezoso rebaño que se pastoreaba. Resulta un desencanto que se desprende de las cosas y de los seres, que vemos de pronto despojados y descoloridos. Las mañanas del invierno provenzal no tenían ya para él su saludable alegría, ni atractivo la caza de las hermosas nutrias de color castaño dorado, á lo largo de los ribazos, ni el tiro á los ánades en el *bañaperros* del antiguo Abrieu (1). Pare-

(1) Llámase *bañaperros* entre los cazadores del Mediodía de Francia la parte donde los ríos, haciendo un recodo en su cauce, forman un remanso de agua profunda y poco corriente, donde por lo general se refugian las gallinetas y ánades entre las plantas acuáticas, por lo cual tie-

éale á Juan duro el viento, áspera el agua y muy monótonos los paseos por las viñas inundadas, con su tío que le explicaba su sistema de cazes, marcadoras y atargeos.

El pueblo, que volvió á ver en los primeros días con el prisma de sus alegres correrías de chicuelo, eran ya barracas viejas, algunas abandonadas, en que se sentía la muerte y la desolación de las aldeas italianas; y cuando iba al correo, érale preciso soportar, ante la movediza piedra de cada umbral, la machacona conversación de todos aquellos viejos encorvados y retorcidos como árboles al aire libre, con los brazos metidos en trozos de calcetas, y de aquellas viejas de barba de color amarillo, bajo sus cofias apretadas y con ojillos lucientes y movibles como los que brillan en la cabeza de los lagartos de las tapias ruinosas.

Siempre las mismas lamentaciones por la muerte de los viñedos, el agotamiento de la rubia, la enfermedad de la morera, las siete plagas de Egipto arruinando aquella hermosa tie-

nen que echar los perros al agua para que levanten la caza.—(N. del T.)

rra de Provenza; y para huir de ellos, á veces volvía por las callejuelas en cuesta que bordean los antiguos muros de cerca del castillo de los Papas, callejuelas desiertas, llenas de maleza y de esos grandes hierbajos de Saint-Roch con que se curan los empeines, muy en su lugar en aquel rincón de la Edad Media, sombreado por la enorme ruina que se recostaba en lo alto del camino.

Entonces encontraba al cura Malassagne, que venía de decir su misa y bajaba dando furiosas zancadas, con el alzacuello torcido, levantándose la sotana con ambas manos para evitar las zarzas y las polillas. El sacerdote se detenía, tronaba contra la impiedad de los campesinos y la infamia del Consejo municipal: echaba su maldición á los campos, á las bestias, á los hombres, malandrines que no iban al Oficio divino, que enterraban á sus muertos sin Sacramentos y se curaban por el magnetismo y el espiritismo, para ahorrarse el cura y el médico.

—¡Sí, señor, el espiritismo!... ¡Hasta ese extremo llegan los campesinos del Condado!... ¡Cómo quiere usted que los viñedos no estén malos!...

Juan, que llevaba abierta y cogida en el bolsillo la carta de Fanny, escuchaba, con la mirada vaga, se esquivaba lo más pronto posible de las homilías del sacerdote, y regresaba á Castelet para refugiarse en el hueco de una peña, en lo que los provenzales llaman un «haragán», resguardado del viento que circula alrededor y concentrando el sol reflejado en la piedra.

Escogía el más aislado, el más selvático, invadido por las zanjas y agallas de encina, tumbándose en la tierra para leer su carta: y poco á poco, del fino perfume que exhalaba, de la caricia de las palabras, de las evocadas imágenes, veníale una sensual embriaguez, que activaba su pulso, y le alucinaba hasta el punto de hacer que desapareciesen de su vista, como decoración inútil, el río, los ramilletes que en él formaban las islas, los pueblos en las hondonadas de los Alpillles, toda la inmensa cueva del valle donde la borrasca extendía en ondas el polvo de oro del sol. Estaba allí, en el cuarto que ellos tenían, ante los grises tejados de la estación, entregado á locas caricias, á los furiosos deseos que los colgaban uno á otro con crispaciones de ahogados...

De improviso ofanse pasos en el sendero, risas claras; «¡allí está...!» Aparecían sus hermanas con las piernecillas desnudas, andando entre el espliego, guiadas por el viejo *Miracles*, muy orgulloso por haber hallado la pista de su amo, y moviendo la cola victoriosamente; pero Juan lo despedía con un puntapié y rechazaba los ofrecimientos de jugar al escondite ó á correr, que con tímido acento se le hacían. Queríalas, sin embargo; quería á las gemelas, que enloquecían por su hermano, siempre lejos de ellas: habíase convertido por ellas en un niño desde su llegada, y le divertía el contraste de aquellas lindas criaturas nacidas juntas y tan desemejantes. La una, alta, morena, con los cabellos rizados, á la vez mística y voluntariosa; ella fué la que tuvo la idea de la barca, exaltada por las lecturas del cura Malassagne, y aquella pequeña María Egipcíaca había arrastrado á la rubia Marta, un poco indolente y dulce, parecida á su madre y á su hermano.

Pero ¡cuánto le molestaban al hallarse entregado á sus recuerdos, aquellos inocentes mimos de niños que rozaban el perfume galante de que le impregnaba la carta de su querida! «No, dé-

jame... tengo que trabajar...» Y volvía á la casa con el propósito de encerrarse en su cuarto, cuando la voz de su padre le llamaba al paso.

—¿Eres tú, Juan?... Escucha...

La hora del correo aportaba nuevos motivos de morosidad para aquel hombre, sombrío ya por naturaleza, que conservaba del Oriente costumbres de solemnidad silenciosa, interrumpida por bruscos recuerdos... «cuando yo era cónsul de Hong-Kong,» que partían como pavesas encendidas en un gran fuego. Mientras que escuchaba á su padre leer y comentar sus periódicos de la mañana, Juan miraba sobre la chimenea la Safo de Caoudal, con los brazos en las rodillas y la lira al pie, TODA LA LIRA, un bronce comprado veinte años antes, en la época de los embellecimientos de Castelet; y este bronce de comercio, que le desesperaba en los escaparates parisienses, producíale aquí, en su aislamiento, una emoción amorosa, el deseo de besar aquellas espaldas, de desenlazar aquellos fríos y pulidos brazos, y de que le dijera:— «¡Safo para tí; pero nada más que para tí!»

La tentadora imagen levantábase cuando él salía, andaba con él, doblaba el ruido de sus

pasos en la grande y pomposa escalera. El nombre de Safo era el que resonaba en el péndulo del antiguo reloj, el que cuchicheaba el viento por los grandes corredores embaldosados y fríos de la estival morada; su nombre era el que encontraba en todos los libros de aquella biblioteca de campo, viejos libros antiguos de cantos rojos que conservaban en la encuadernación migas de sus meriendas de niño. Y este persistente recuerdo de su querida perseguíale hasta en el cuarto de su madre, donde Divonne peinaba á la enferma, levantando sus hermosos cabellos blancos sobre aquel rostro tranquilo y sonrosado, á pesar de las varias y perpetuas torturas.

—¡Ah! aquí está nuestro Juan—decía su madre al verle.—Pero con su cuello desnudo, su cofia pequeña, sus mangas levantadas para hacer aquel tocado de que ella sola estaba encargada, su tía le recordaba otros despertares, evocaba la querida, saltando de la cama, envuelta en la nube de su primer cigarrillo. Odiábase por tales ideas, sobre todo cuando le acometían en aquel cuarto. ¿Cómo hacer para esquivar esto?

—Nuestro niño no es el mismo, hermana

mía—decía la señora Gaussín tristemente...—
¿Qué tiene?

Y buscaban juntas; Divonne torturaba su ingenioso entendimiento; hubiera querido preguntar al joven; pero éste parecía huir de ella, evitar el encontrarla sola.

Una vez, habiéndole acechado, consiguió sorprenderle en el «haragán», en la fiebre de sus cartas y de sus malos delirios. Levantábase sombrío; pero ella le detuvo, sentóse junto á él sobre la caliente piedra: «¿No me quieres ya?... ¿No soy ya tu Divonne, á quien contabas todas tus penas?...»

—Sí, sí—baluceó turbado por aquellos tiernos modales, y separando los ojos, para que no viese en ellos algo de lo que acababa de leer; llamamientos de amor, gritos desesperados, el delirio de la pasión distante.—¿Qué tienes?... ¿Por qué estás triste?—murmuraba Divonne con los mimos de voz y de acciones que se emplean con los niños. Era su hijo en cierto modo; seguía viéndole de diez años, la edad de los hombrillos que se emancipan.

Él, ardiendo con su lectura, exaltábase por el encanto, que le turbaba, de aquel hermoso

cuerpo tan cerca del suyo, por aquella boca fresca, cuya sangre estaba avivada con el aire libre que despeinaba sus cabellos, haciéndolos volar sobre la frente en delicados ricillos á la moda parisién. Y las lecciones de Safo: «todas las mujeres son iguales... ante un hombre no piensan más que en una cosa...» hacíanle ver como provocativos la tranquila sonrisa de la campesina, su ademán para detenerle, y su tierno interrogatorio.

De pronto sintióse acometido por el vértigo de una mala tentación; y el esfuerzo que hizo para resistirla conmovióle con un estremecimiento convulsivo. Divonne se asustó al verle palidecer tanto y castañetear los dientes. «¡Ah, pobre... tiene calentura!...» Y con un impulso de ternura irreflexiva desatóse la pañoleta que rodeaba su talle para ponérsela al cuello; pero cogida bruscamente, envuelta sintió el fuego de una caricia loca en su nuca, en sus hombros, en toda la luciente carne que acababa de salir á la luz del sol. No tuvo tiempo para gritar ni para defenderse; acaso tampoco lo tuvo para adquirir el sentimiento justo de lo que acababa de pasar. «¡Ah, estoy loco... estoy loco!...» Y huyó lejos

por el erial, cuyas piedras rodaban siniestramente bajo sus plantas.

En el almuerzo, aquel día, Juan anunció que se marchaba aquella misma noche, llamado por una orden del Ministerio. «Irte ya... has dicho... acabas de llegar.» Y de aquí gritos y súplicas. Pero no podía estar más tiempo con ellos, puesto que en todas sus ternuras intervenía la agitadora y corruptora influencia de Safo. Por otra parte, ¿no les había hecho ya el sacrificio más grande renunciando á vivir con ella? La ruptura completa terminaría un poco más tarde; y entonces volvería para amar sin vergüenza ni turbación, y abrazar á todas aquellas buenas gentes.

Era ya de noche, y estaban apagadas las luces y todos acostados en la casa, cuando Cesáreo volvió de acompañar á su sobrino hasta la estación de Aviñón. Después de echar el pienso al caballo y de mirar al cielo—con esa mirada á los presagios del tiempo en los hombres que viven de la labranza—iba á entrar, cuando vió una forma blanca sobre un banco en la terraza.

—¿Eres tú, Divonne?

—Sí; te esperaba.

Muy ocupada todo el día, separada de su Fé. nat, á quien adoraba, solían tener por la noche estas citas para hablar y dar un paseo juntos. ¡Era, por ventura, la corta escena ocurrida entre ella y Juan, comprendida después al pensar en ella, y más de lo que hubiera querido, ó la emoción de haber visto llorar á la pobre madre en silencio todo el día? Ello es que su voz estaba alterada, y una inquietud de ánimo, extraordinaria en aquella tranquila esclava del deber, agitábala de un modo inusitado. «¿Sabes algo? ¿Por qué nos ha dejado tan precipitadamente...?» No creía en aquel cuento del Ministerio, sospechando más bien algún mal lazo que tiraba del niño para separarlo de su familia. ¡Hay tantos peligros y tan fatales encuentros en ese París de perdición!

Cesáreo, que no podía ocultarla nada, confesó que había, en efecto, una mujer en la existencia de Juan, pero una buena muchacha, incapaz de separarle de los parientes; y habló de su abnegación, de las conmovedoras cartas que le escribía; elogió, sobre todo, la resolución animosa que tomó de trabajar, lo que pareció muy

natural á la campesina, «Porque al fin y a la postre hay que trabajar para vivir.»

—Pero no esa clase de mujeres...—dijo Cesáreo.

—¡De manera que Juan vivía con una perdida!... ¿Y has ido á verle?

—Te juro, Divonne, que desde que le conoce no hay mujer más casta ni más honrada... El amor la ha rehabilitado.

Pero eran tales frases palabras huecas que Divonne no comprendía. Para ella aquella señora estaba comprendida en esa clasificación que ella llamaba «mujeres malas», y al pensar que su Juan era presa de tal criatura, la indignaba. ¡Si el cónsul lo supiera!

Cesáreo trató de calmarla: aseguró con todas las rugosidades de su bonachona cara, un tanto picaresca, que á la edad del muchacho no se puede prescindir de la mujer.

—¡Pues que se case!—replicó ella con enternecedora convicción.

—En fin, ya no viven juntos, y por ese lado... Entonces díjole con acento grave:

—Oye, Cesáreo, ya sabes lo que decimos por acá: la desgracia dura siempre más que quien

la trae... Si es verdad lo que tú me cuentas; si Juan ha sacado del lodo á esa mujer, debe haberse manchado mucho en esa triste faena. Es posible que la haya hecho mejor y más honrada; pero sabe Dios si lo malo que ella tenía no ha pervertido á nuestro niño hasta las entrañas. Volvían hacia la terraza. Noche tranquila y clara reinaba sobre todo aquel silencioso valle, donde nada vivía más que la resbaladiza claridad de la luna, el oleoso río y los *claros* con sus charcas de plata. Respirábase la calma, el alejamiento de todo, el gran reposo de un sueño sin sueños. De improviso, el tren ascendente desplegó á orillas del Ródano su rumor sordo á todo vapor.

—¡Oh, ese París—exclamó Divonne enseñando los puños al enemigo que las provincias cargan con todas sus cóleras...—ese París!... ¡Lo que le damos y lo que nos devuelve!

VII

Hacía un brumoso frío, en una tarde sombría, á las cuatro, hasta en la ancha Avenida de los Campos Elíseos, donde apresuraban su paso los coches rodando sordamente. Casi no pudo leer Juan en el fondo de un jardinillo cuya verja estaba abierta, aquellas letras doradas, muy altas, encima del entresuelo de una casa de aspecto lujoso y tranquilo como de quinta: *Habitaciones amuebladas, pensión de familias*. Un cupé esperaba junto á la acera.

Después de empujar la puerta de la oficina, Juan, vió en seguida á la que buscaba, sentada á la luz de la ventana, hojeando un grueso libro de cuentas, enfrente de otra mujer elegante y alta, con el pañuelo en la mano y una cartera á guisa de portamonedas.

—¿Qué desea usted, caballero?—Fanny le